

las podas y los riegos oportunos, aparece hoy con sus musculosas raíces firmemente afianzadas y levantando, enhiesto, su bello y frondoso ramaje por encima de la mayoría de los otros en el terreno de la joven literatura chilena.—EDMUNDO CONCHA.



TERRA AUSTRALIS, por *Eugenio Orrego Vicuña*. Zig-Zag, 1948

La afirmación de la soberanía de Chile sobre las tierras antárticas y los viajes oficiales que se han hecho con tal motivo a esas lejanas latitudes, han originado una abundante literatura impresionista y descriptiva. Son varios los escritores o aficionados a las letras que de regreso de la Antártica se han creído en la obligación de escribir un libro sobre su viaje, como la mejor manera de expresar su agradecimiento a las autoridades que los invitaron. No siempre esta forma de gratitud resulta digna de la gentileza que con ellos se tuvo. Habría sido preferible en algunos casos callar discretamente antes que dar a la estampa un conjunto de vulgaridades en que el presunto escritor refiere los sucesos íntimos y familiares de su vida a bordo o la impresión que experimentó frente a la naturaleza austral.

La quietud profunda de los canales circundados de cerros cubiertos de frondosa vegetación o coronados de nieve, por cuyas laderas se deslizan ventisqueros que parecen aguas inmóviles, los glaciares, los témpanos que semejan monstruos mitológicos, el ímpetu de los mares oceánicos, todo ello indudablemente deja en el ánimo del viajero una emoción inolvidable. Pero para escribirla se requiere una afinada sensibilidad artística y un temperamento pictórico que permita captar los efectos de la luz sobre las cosas estáticas y aquellos matices esenciales que generalmente pasan inadvertidos al hombre de escasa sensibilidad. De lo contrario se cae en lo fotográfico o en un convencionalismo expresivo sin originalidad.

Hace poco hicimos un viaje por los canales hasta Punta Arenas. Cuanto contemplamos nos pareció maravilloso; y mientras más honda era la impresión que sentíamos frente a la naturaleza, más nítidas surgían en nuestros recuerdos aquellas páginas de Domingo Melfi en que con su peculiar plasticidad de estilo dió colorido y animación a elementos tan inertes como las montañas o tan incorpóreos como el viento y la soledad. Melfi, al igual que Francisco Coloane, el novelista de la región magallánica, objetivo el paisaje austral humanizándolo con su personal interpretación.

Eugenio Orrego Vicuña, escritor fecundo y polifacético, que tan pronto redacta páginas nutridas de saber histórico como dramatiza hechos protagonizados por héroes nacionales. fué a la Antártica en 1947, a bordo del Angamos, como representante de la Universidad de Chile. Con el título de «Terra Australis», acaba de publicar un libro en el cuenta en un estilo dinámico, vibrante, todo lo que le sucedió y vió en su viaje.

Como en un libro de bitácora. Eugenio Orrego Vicuña fué anotando cotidianamente las circunstancias humanas y geográficas que jalonaron sus emociones de marino novel. Lo anecdótico y descriptivo, lo histórico y científico, los seres y las cosas, se acumulan abigarradamente en las páginas de su diario, a fin de darnos una visión animada y directa de su mundo íntimo y circundante. Actitud de artista la suya, a quien el hecho aparentemente insignificante le sirve de motivo para exaltarse líricamente en palabras fervorosas y exclamativas. No se mide en sus expresiones, ni trata que ellas estén revestidas de pulcritud literaria. Acaso por esa misma espontaneidad de estilo los episodios de la navegación, y, sobre todo, la grandiosidad imponente de las tierras antárticas cobran ante nosotros mayor vigor y humanidad. Las nítidas fotografías que acompañan al texto, son como ratificación de las descripciones del autor. Tal es el relieve visual con que describe los lugares que recorrió.

Melfi pintó en los tonos delicados de un miniaturista el

paisaje magallánico; cuidando siempre no desafinar en la armoniosa sinfonía de colores de sus descripciones. Eugenio Orrego Vicuña nos da en las pinceladas amplias y rápidas de un óleo de extensas proporciones todo cuanto cae bajo sus pupilas, sin preocuparse por estilizar. De pronto detiene su ímpetu pictórico, y van apareciendo figuras bien perfiladas en medio de un paisaje cuidadosamente descrito, para resaltar algún episodio emocionante que rompió la monotonía de las horas blancas, como aquel en la soledad antártica, al caer el crepúsculo, cuando hombres llenos de fe, bajo la ventisca, levantaron una cruz junto a dos banderas nacionales. Aun para el individuo más incrédulo, debió haber sido impresionante ese espectáculo de las almas unidas en una común voluntad de que en la región más fría y solitaria de la tierra se alzara el símbolo de esos dos maderos que se extienden en un infinito anhelo de fraternidad universal.

Aprovecha Eugenio Orrego Vicuña su diario de viaje para dar circunstanciadas referencias históricas, jurídicas y geográficas que abonan los justos derechos que le asisten a Chile para proclamar su soberanía sobre la Antártica.

En el curso de esta crónica hemos empleado deliberadamente la forma *antártica* y no *antártida*, tanto para el sustantivo como para el adjetivo, por dos razones: una por respeto a la tradición, que emana del conocido verso de Ercilla: «Chile, fértil provincia y señalada—en la región Antártica famosa...»; y la otra porque como sustantivo y adjetivo *antártica* aparece en los considerandos y en el texto del decreto que el Presidente Aguirre Cerda dictó para reafirmar que esas tierras son de pertenencia chilena. Se dice que el sustantivo es *antártida* y el adjetivo es *antártica*. No vemos ninguna razón gramatical ni lógica para que el sustantivo al convertirse en adjetivo altere su estructura. Y como hemos dicho, en el decreto en referencia del Presidente Aguirre Cerda, que Eugenio Orrego Vicuña inserta en «Terra Australis»; figuran las expresiones:

«*Antártica* americana, Territorio Chileno *Antártico*, *Antártica* Chilena». O sea, el sustantivo y el adjetivo tienen la misma terminación *ica*.—MILTON ROSSEL.



CARTA DEL POETA ESPAÑOL VICENTE ALEIXANDRE (1)

Velintonia 3. (Parque Metropolitano). Madrid, 22 enero. 1948.

Señor Miguel Arteche:

Querido poeta: Siempre he creído que le había escrito después de recibir su libro «*La invitación al olvido*», que me mandó Ud. hace unos meses. Pero ayer releyéndolo me he dado cuenta de que no he pasado de hacerlo en imaginación, como si con ella hubiera tenido con Ud. gratas charlas sobre su obra, sobre Ud., sobre la joven poesía chilena.

Créame, Miguel Arteche, que siento esta distancia a que estamos. Su juvenil libro ya tan bello me incita al deseo de algunas tardes en que habláramos de él mismo, de su trabajo, de sus esperanzas y logros. Tiene Ud., una poesía temprana en extremo seductora. El alma de Ud. se asoma servida ya por una expresión delicada y apasionada, con una ternura donde vibra el estremecimiento, el soplo de la espiritual voluptuosidad. Hon-da pasión triste y acariciante pasa finísimamente por estos ter-sos versos, donde la melancolía la sutil languidez dicen de la fuerza y calidad que en sus lentas estrofas palpita.

Me parece Ud. un poeta de pasión inmediata, y la sensualidad—y sensorialidad—de su poesía tiene una como espiritual embriaguez que desprende perfume, sonido, color. En Ud. el camino de los sentidos es el camino del alma, y su delicado

---

(1) Enviada con motivo de la publicación del libro de poesía «*Invitación al Olvido*» del joven poeta chileno Miguel Arteche.